

Alessandro se puso nervioso, subió los escalones a zancadas, de dos en dos. A los cinco minutos bajó de manera estrepitosa. Llegó Paula, vestía falda oscura y blusa blanca de cuello alto y manga larga.

CAPÍTULO 18

Mis papás llegaron poco antes de las nueve de la mañana. Mi hijo le dijo a su abuelo que pasara a ver a su papá; estaba expirando, ya no era dueño de sí mismo. Solo ellos dos estaban junto a mi marido. Las mujeres no entramos por el deseo de Bladimir que no lo viéramos morir. Instantes después bajó papá a toda prisa, su rostro reflejaba desesperanza, en voz alta nos comunicó:

—Tu esposo, hija, acaba de morir. Se ha ido mi yerno, mi gran amigo. Dios lo tendrá en su santo regazo. Solté el llanto. No sabía qué sería de mí de ahí en adelante. Alguna vez le desee la muerte; cuando murió me arrepentí del insano deseo.

A las nueve de la mañana del ocho, mi marido, el padre de mi hijo, el mismo que destrozó mi corazón, había fallecido. El destino lo cambió de lugar. Rogué al creador que lo perdonara, lo hice de corazón. Me asaltó un insólito deseo: que mi marido hubiera muerto en mis brazos. Alguien le avisó al cura Teódulo, llegó a los pocos minutos; estaba esperando la noticia.

Después del desasosiego llegó la calma. Papá inició los preparativos, lo apoyarían unos amigos que se hicieron presentes rápido; sabían qué hacer, como si antes se hubiesen puesto de acuerdo con mi papá por la cercanía del fallecimiento. Ellos se encargaron de darle orden a las tareas propias de un velorio. El presidente municipal, al enterarse, designó a uno de sus colaboradores que nos apoyara en cumplir con los trámites de rigor.

La carroza llegó a las once de la mañana. Los tres empleados de la funeraria se llevaron el cuerpo. A las cuatro de la tarde nos lo devolvieron ya preparado. A las cinco recibimos la primera canasta de pan recién horneado. Los que llegaban cargaban veladoras. Otros, los menos, llegaban con cirios.

Gracias al comentario de Sirvenda que me hizo días atrás, no compramos veladoras ni cirios. Dos trabajadores armaron el altar para colocar las velas. Las tablas, colocadas de forma escalonada, habían sido forradas con papel china blanco. Una de las señoras que llegaron primero, sugirió a los trabajadores que retiraran el papel por las posibilidades de un incendio si alguna de ellas se ladeaba. En la noche era un espectáculo de luces. Me detuve varias veces a contemplar las flamas de las decenas

de veladoras, observé cómo el humo que producían luchaba contra el aire para subir al cielo en hilillos.

El chofer permanecía en la funeraria con la orden que saliera rumbo a la casa diez minutos antes que la carroza, para organizar la recepción del difunto. Cuando nos devolvieron el cuerpo dentro de la caja mortuoria, la casa estaba atiborrada de personas, y continuaban llegando. Todos querían tocar el cajón. Las autoridades municipales cerraron la cuadra para que pudiésemos colocar sillas y girones de madera con patas para que la gente se sentara.

Las familias de las casas vecinas también colocaron sillas y bancos en la calle.

A las seis de la tarde empezamos a ofrecer café, té, agua de sabores y pan. Había cuatro canastas de pan recién horneado. Mi papá compró algunas botellas de aguardiente, era la costumbre. Los asistentes se organizaban para participar en diversos juegos. Poca diferencia había entre el velorio y una fiesta cualquiera, no todo era adustez; tampoco había música. Paula, la novia de mi hijo, estuvo atendiendo a los asistentes, les ofrecía lo que había para consumirse. Probó uno de los tamales, no soportó el picor. Para las diez de la noche había personas de las ciudades más cercanas. Un amigo de Bladimir que radicaba en Miami, al enterarse, tomó el primer vuelo a la ciudad de México; llegó a Papantla como a las diez de la noche. Lo acompañaba su hijo, como de 18 años, delgado; vestía playera de marca y pantalones ajustados al cuerpo. Mamá se hizo cargo de supervisar el suministro y la elaboración de los alimentos.

El reloj de la sala marcaba la una de la mañana con treinta minutos. Mi papá le dijo a mi mamá que me localizara para decirme que me fuera a dormir un rato. Les hice caso, me fui a descansar. La bulla que había en toda la casa no llegaba hasta mi cuarto. Dormí bien, mejor que las últimas noches, había ocurrido lo que tenía que pasar; la incertidumbre se había disipado. Desperté a las seis y media de la mañana. Había soñado que mi marido, mi hijo y yo, estábamos en Yucatán.

Me bañé, me puse ropa negra. A las siete y media bajé a desayunar. Sirvenda, que no había dormido, me preparó el desayuno.

—¿Ya desayunaron mis papás, Sirvenda?

—Ya, señora, lo acaban de hacer. Como adivinando lo que me interesaba saber, me informó:

—Al señor Bladimir lo sepultan a las dos de la tarde. A las doce llevan el cuerpo a la misa. Ha llegado mucha gente, quién sabe de dónde ha salido tanta; era muy querido.

—Sí, Sirvenda, era muy querido, me estoy dando cuenta; tal vez yo...

—No, señora —me interrumpió—, no piense que usted estaba equivocada, con usted fue diferente. Él vivió para los demás, por pura apariencia —comentó con aplomo.

—Mamá, tenemos que reunirnos con mis abuelos, hay cosas que platicar.

—Sí, hijo, dime dónde y en qué momento.

—En el estudio está bien. Ve para allá, mamá; de una buena vez. Ahorita voy por mis abuelos...

—Entré al estudio. Alessandro había colocado las 4 sillas en círculo. La ventana estaba abierta, el barullo de los desconsolados impedía que nuestra plática se escuchara afuera.

Entró mi papá con un jarro de barro con café; atrás venía mamá. Nos sentamos. La conversación la inició Alessandro.

—Lo que voy a decir lo sabe mi abuelo aquí presente —volteó a la ventana, inhaló profundo, volteó a verme.

—Me dijo papá que decidió que no lo vieran ustedes, le hubiera dado vergüenza por el estado de salud en el que se encontraba. Prefirió que se quedaran con la impresión de antes de su gravedad —declaró Alessandro al tiempo que nos miraba a las dos—. A ti, mamá, te quiso mucho, me lo dijo cuando a solas hablé con él. Deseó lo recordaras como era: “lleno de vida”; no en las condiciones que lo dejó esa maldita y extraña enfermedad. Igual contigo, abuela, te adoró, dijo que le iba a decir a Dios que te lo pagara bien —sonreímos.

Escuchamos con mucha atención. Deseé que no hubiera más sorpresas.

—Todos los bienes los dejó a mi nombre, los negocios los manejará mi abuelo. Como no pienso vivir en México propongo que tú, mamá, vendas una de las dos casas que están en la ciudad de México para que compres otra en Cuernavaca, Acapulco o dónde gustes; para que vivas con tranquilidad. Puedes usar la otra casa, la de la calle de Versalles, para vivirla permanentemente o por temporadas. De las utilidades de los negocios, mi abuelo desea dividirlos en tres partes: una para ellos, otra para ti y la tercera parte para mí. A mí me está yendo muy bien en los Estados Unidos, no me quejo.

—Mamá: aún estas joven, tienes que rehacer tu vida, que no te pese la ausencia de papá, mis abuelos están dispuestos a apoyarte en todo, me lo dijeron mientras tu descansabas. Ellos quieren verte feliz como lo fuiste con mi padre a quien amé tanto como tú.

Las palabras de mi hijo desbordaron mis sentimientos. Las lágrimas salieron sin control, me cubrí la cara para asfixiar mi llanto. Lo que escuchaba de labios de

Alessandro construía mi futuro, llevaba el inclemente sello de la soledad, así decidiera vivir con mis padres.

Aquel ocho de noviembre el destino me marcó para toda la vida. Claro, la marca más profunda la llevé desde que me casé (o me casaron), con el hombre cuyo cuerpo yacía dentro de ese pequeño habitáculo llamado vulgarmente caja de muerto, del que jamás saldría para hacer el bien, o hacer el mal. Por cierto, debo asentar que Bladimir murió Jamás he visitado su tumba en el panteón. Que Dios me perdone.

CAPÍTULO 19

El chofer me preguntó si haríamos la parada acostumbrada en el café de chinos que se encontraba en la calle Bucareli, cerca del Reloj Chino. Le contesté afirmativamente. Nos estacionamos frente a la panadería.

—¿Lo de siempre, señora?

—No, en lugar de bísquets compra el pan más dulce que encuentres en la vitrina, tengo ganas de algo dulce. Lo que quieras, pero que sea dulce, por favor.

Nos dirigimos a la calle de Versalles, donde estaba mi casa. Por la ventanilla vi a un hombre de edad madura, cara cuadrada, facciones imperativas, que caminaba de la mano con una mujer mucho más joven que él. Esperaban cruzar la calle. El rostro de la mujer expresaba angustia. En mi cabeza se agolparon recuerdos. Sentí ira y compasión a la vez. El vehículo frenó intempestivamente por la aparición de un joven que sin cuidado cruzaba la calle.

La casa donde vivía había sido construida en 1950, cuando nací, con los planos de una casa que estaba en París. Estaba pintada de blanco coral, contrastaba con el gris claro de las persianas exteriores de las ventanas. En la noche lucía resplandeciente por la iluminación en el frente. Sobre la mesa del comedor me esperaba una jarra con chocolate caliente listo para servirse en mi taza. Saboreé el pan que recién habíamos comprado en la panadería de los chinos.

En esa ocasión, después de la merienda de chocolate con pan de chinos, me despedí de la servidumbre en voz alta; les deseé las buenas noches. Subí a mi recámara, pintada de gris, tan sombría como la que ocupaba en la casa de Bladimir. En medio del silencio de la habitación escuchaba los latidos de mi corazón. En el fondo de mi espíritu velaba la idea de disfrutar una nueva vida sin recuerdos que me atormentaran. Me cambié de ropa, coloqué mi vestido sobre uno de los dos sillones que estaban dentro de mi recámara. El edredón que cubría la cama había sido retirado por una de las muchachas que me ayudaban. Antes de meterme entre las sábanas, de pie aún, miré el crucifijo colocado arriba de la cabecera de la cama, recé algunas